

R. 21.924

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DE LA BELLEZA
EN LA CIENCIA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 2 DE MAYO
DE 1976, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL
EXCMO. SR. DON SALVADOR DE MADARIAGA
Y CONTESTACIÓN DEL
EXCMO. SR. DON JULIÁN MARIAS



M A D R I D

1 9 7 6

DISCURSO
DEL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON SALVADOR DE MADARIAGA

Depósito legal: M.-12744-1976.

Imprenta Aguirre - Telf. 446 54 20 - Madrid-3.

Señores Académicos:

Pues claro que la tuve: la tentación de comenzar este discurso con un resonante *Decíamos ayer* ... Pues claro que la tuve. Pero no cedí, ni ceder podía, porque me faltaba la gente con qué llenar ese *decíamos*. Primera persona plural que ni es profesoral ni política, sino algo más sutil y fino que engloba a los que escuchan sin por ello absorberlos. “Decíamos”. Todos. Yo, que hablo y vosotros que ... pero ¿quién sería ese vosotros, vivo hoy y vivo en aquel ayer? La respuesta a la vista está. De los que me eligieron, sólo responden hoy nuestro ilustre decano y mi compañero de emigración Tomás Navarro Tomás. Todos los demás pueden alegar total inocencia.

Tanto mayor habrá de ser mi gratitud por las virtudes de amistad que en mi caso habéis derrochado: espíritu cívico, paciencia, confianza y magnanimidad. Las virtudes son de tan delicada tesitura que a veces el mucho elogiarlas puede ofenderlas. No seguiré, pues, tocando esta tecla porque aun explicarlo puede sobrar, y, al fin y al cabo, a buenos entendedores hablo y media palabra basta.

Como si esta recepción de un académico novel a los cuarenta años de su elección no viniese ya de suyo cargada de

ironía, quiso la suerte juguetona o la sesuda Providencia (que sobre esto no he acertado todavía a formarme opinión) que mi predecesor contara ya setenta y seis años cuando vino a sentarse en esta silla que ocupó dieciseis años, de modo que dejó la Academia y el mundo a los noventa y dos.

Casares nos lo pinta con segura pluma de artista: “aquel viejecito vivaracho y afable”, y a fe que el retrato es bueno y recuerda bien la impresión de viejos que causaban entonces los noventones, aunque ya los hubiera entre ellos más frescos que una lechuga. Afables, sin duda, pero también solían ser estos viejecitos no poco cascarrabias, pues algo habían de cascar si las muelas no daban para nueces; pero la cosa no pasaba a mayores porque aquellas rabias no eran tan duras de cascar como las de hoy.

Uno de sus libros lleva por título: MIS PRIMEROS OCHENTA AÑOS, y recuerdo de aquellos tiempos que el Malalengua de tanda, que nunca falta en Madrid, aseguraba ser el tal titulejo lo único bueno del libro y que se lo había inspirado un amigo. Seguro estoy de que se trataba de puro veneno literario, el más ponzoñoso que cabe imaginar, después del político, y del eclesiástico, este último, por ley natural, el más mortífero de todos. Si vuestra preclara historia se orna de figuras literarias mucho más brillantes que la de Gutiérrez Gamero, basta con leer la firme e incólume mediocridad del discurso con que lo recibió Don Daniel Cortázar para poder asegurar —por razonamiento *a contrario*— que mi predecesor era digno y bien digno de figurar en vuestros anales.

Pero ¿cómo podría seguir hablando de él sin mencionar a su predecesor, a aquel Don Francisco Andrés Commelerán que fue mi rector y mi profesor de latín cuando vine de La Coruña al Cardenal Cisneros? Y pregunto: ¿sería contrario

a las tradiciones de esta casa que yo arriesgase aquí mi opinión —o por lo menos mi fuerte sospecha— de que el apodo que sus alumnos otorgaron al Dr. Commelerán, o sea: *Selo-comerán*, había sido hallazgo o invención del que andando los años iba a suceder a su sucesor en la silla M? Me apresuro a añadir que este descubrimiento tardío en nada recorta ni roe la figura de aquel egregio latinista; antes constituye evidente tributo a su resistencia y coriáceo carácter.

Nada de este corretear por los pasillos del Cardenal Cisneros osaría frivolizar la vida activa y creadora de Gutiérrez Gamero, vida en la que hallo algún que otro rasgo semejante o tal o cual de la mía. No os recordaré su período de emigrado político en Francia, porque este es episodio casi obligatorio en un español. Francia e Inglaterra han sido siempre, al menos desde la Reforma, y más aún desde la Revolución Francesa, como dos almohadas sobre las que España tenía, a veces, que posar su cansada y abatida testa.

En los archivos de San Pedro se hallará (si se busca bien) lo que pasó entre el Santo Portero de la Eternidad y el Creador y Señor de ella cuando abrumado por la espantosa realidad, San Pedro confesó al Señor que tenía en la puerta esperando a un tan inmundo pecador que el mismo Infierno le parecía más que castigo, lugar de recreo para tamaño monstruo; lo cual hizo meditar dolorosamente al Señor y al fin sentenciar el caso: “Que vuelva a la Tierra y que nazca español inteligente.”

Emigrado fue Gamero y aficionado a números como Agente de Bolsa, lo que le llevó a sentir verdadero interés por la ciencia, ya que sólo hay ciencia de lo mensurable. Y aquí me vuelvo a encontrar con él porque en su discurso de entrada

camino de su tema, la novela social, plantea otro que me ha fascinado siempre: el de la belleza de la ciencia.

¿No valdría más decir belleza en la ciencia? Espíritu original y amigo de recorrer los senderos a campo través, Gámero discute el tema, a decir verdad, de modo no muy claro, quizá por iniciarlo con una cita de don Francisco Silvela no tan aguda como era de esperar de aquel ingenio. Con vuestra venia, aspiraría yo aquí a aclarar el problema apoyándome en algunos recuerdos de mis estudios físico-matemáticos en París.

Abordo el tema al modo empírico recordando que, *in illo tempore*, acercándome a los veinte años, venía descubriendo a la vez la gran música europea y la gran matemática europea. Ahora bien, ocurría que dos de mis profesores de matemáticas eran geniales: Henry Poincaré y Henry Becquerel; pero como profesores eran tan ineptos como lo hubiera sido Cristóbal Colón de profesor de geografía; en cambio, había en l'ECOLE POLYTECHNIQUE entonces un profesor auxiliar —*repetidores* les decían— que se llamaba Humbert, y que, dotado por la naturaleza de un asombroso don de exposición, hacía nuestras delicias con sus lecciones de Análisis algebraico.

Y este es mi primer encuentro con la divina realidad: que pronto me puse a comparar mi goce al oír a Humbert por la mañana y mi goce al oír Bach o Beethoven por la noche, goces, me decía con asombro, que *eran de idéntica índole*.

Entiéndase en cuanto al efecto producido sobre el ánimo, porque la emoción estética pura seguida de su luminosa estela de gratitud era la misma; mientras que, al remontarnos a la sustancia creadora que uno y otro banquete nos ofrecían, forzoso era distinguir entre creadores como Bach o Beethoven

y meros descubridores como Euler o Bernoulli. Es decir, que éstos se limitaban a destapar la caja de las maravillas; mientras que aquéllos no sólo descubrían armonías que de tácitas pasaban a expresas, sino que creaban obras nuevas que no estaban programadas en la Creación.

De todos modos, había, pues, en el álgebra un elemento estético indudable, y el atractivo de las lecciones de Humbert consistía precisamente en el poder que le asistía de ponerlo de manifiesto por su maestría en el arte de la exposición.

Arte. Ya he soltado la palabra clave. Vocablo mágico con cuyo auxilio quizá nos sea posible ir recorriendo este misterioso laberinto. Este laberinto cuyas vueltas y virivueeltas celan y revelan a cada paso problemas y más problemas. Pues, ¿qué? ¿No es la ciencia una sublimación de la vara de medir de los tenderos, una caja de mercader elevada a la quinta potencia? En suma, ¿no es la ciencia un sistema de lo útil? Entonces, ¿cómo evitar que las obras científicas, si algo tienen de estético, no pasen de ser como esos dioses y diosas de bronce o mármol cuya razón de ser consiste en el hacha de cincuenta bujías que sostiene en la diestra mano?

Pero el arte, como suele suceder con los entes mágicos, es neutral. Hay, pues, bellas artes y malas artes, artes blancas (las del pastelero) y artes negras (las del brujo). El arte no es más que el dominio de una materia para obligarla a servir; ¿a qué? es ya otra pregunta aparte; y si la respuesta es que ha de servir a transmitir el espíritu pasando su esencia viva de un ser a otro, estamos en las bellas artes.

Todavía se nos esquivo y rehuye la esencia de la cuestión, que es la vera natura de lo bello. Sólo sabemos que en nuestro fuero interno hemos elevado lo bello a tan alto sitio

que no toleramos que pueda servir para nada menos excelso que el supremo goce del alma humana —reservada la perspectiva mística.

Entonces, ¿qué hace lo bello en la ciencia? ¿No quedamos en que era una vara de medir más o menos sublimada? Pues, no. No quedamos en eso, sino en que las lecciones del repetidor Humbert producían (en mí, al menos) sentimientos a nivel con los de las mejores páginas de Mozart. Sería cosa de preguntarnos por qué.

Y al plantear la pregunta, descubrimos que el camino se abre en dos senderos divergentes. Don del método empírico. Porque mi ánimo distinguía claramente aquellos momentos de belleza que brotaban de la sustancia misma de lo expuesto de aquellos otros que procedían del modo cómo se hacía su exposición. Es decir, que en el primer caso la belleza era inherente a la naturaleza de las cosas; y en el segundo, a la genial capacidad expositiva del repetidor.

Para nuestro propósito, podemos aquí despedir a aquel gran pedagogo de la matemática que fue Humbert. Fue uno de tantos artistas geniales que ha dado Europa y sobre todo Francia, cuyo genio nacional y modo específico de ser se presta tan ajustadamente a la clara pero exigente ciencia de los números. En los matemáticos franceses brilla con especial esplendor esta intuición de la verdad matemática en sus formas más sencillas y, por lo tanto, más hermosas. Tomemos nota de que la belleza científica puede, a veces, deberse a una intuición simplificadora de la, al parecer, compleja verdad natural.

Pero nos queda por explorar la parte más rica y sustanciosa de la belleza matemática, aquella cuyo orden, armonía,

encanto, proceden directamente de las cosas naturales. ¿Qué es, si no, todo el vasto reloj de precisión en que estamos inmersos los humanos sin que nuestra turbulenta anarquía perturbe por un segundo, ni de tiempo ni de arco, la precisión de sus maravillosas ruedas? Y cómo se explica el entusiasmo (en toda la etimológica grandeza del vocablo) que hirvió en el alma de Euler al descubrir la emocionante sencillez de las leyes matemáticas que rigen los cuerpos celestes.

Estos hombres, a cuyo pensamiento abría el Creador la cámara secreta de los suyos, esta avanzadilla del espíritu humano cuyos ojos intelectuales se abrieron sobre las realidades matemáticas del universo, no difieren en nada de los grandes compositores como Bach, Beethoven y Mozart que las expresaron en otra clave del espíritu. Bien es verdad que no disponen de la libertad creadora que Dios concedió a los artistas; pero si bien se mira, la intuición que permite a un Gauss, por ejemplo, descubrir leyes matemáticas que califica de hermosas, sugiere una intimidad de parecido o parentesco con la que inspira los últimos cuartetos de Beethoven, tanto que parece esfumarse en mero matiz la diferencia entre creación y descubrimiento.

La emoción en ambos casos era artística y, en los creyentes, religiosa. Para ellos, el concepto-sensación de belleza era inseparable de la materia intelectual que manejaban; y en sus escritos se leen con frecuencia frases como esta: “así llegamos a este hermoso teorema”. Nada importaba que el teorema lo hubiera descubierto quien lo elogiaba. No hace al caso, en efecto. La belleza está en la disposición de las cosas. El hombre la descubre al darse cuenta de esta disposición natural.

Llegados así a las cosas por este camino, parece como si la belleza fuera, como la verdad, un concepto y una vivencia

puramente objetivos, sin mezcla de influencia subjetiva alguna. Pero la experiencia parece sugerir vivencias más complejas: y pensando en el poder soberano del amor en todo lo que es vida, me ha ocurrido alguna vez definir la belleza como “el resplandor de un objeto (cosa o persona) que se mira con amor”. ¿Cómo explicar de otro modo que el mismo rostro, garbo y ser se afirmen como belleza irrefutable por el novio, sin que la convicción pase al cura o a los padrinos?

Así pues, el problema que la belleza científica nos plantea es si para ser bello el objeto ha de menester de un aporte en términos de armonía, o si basta mirarlo con ojos de amor.

Resuelva quien pueda esta misteriosa alternativa. De todos modos, la Creación ofrece bastantes espacios emborronados por la fealdad. Es posible que el entomólogo, enamorado de sus cucarachas, las decrete bellas; pero aquí, en este punto concreto, ¿qué daríamos por saber, y aun sólo por vislumbrar, la opinión del Supremo Hacedor? Evidente es que le enamoró crear la rosa, pero ¿qué sentía al crear la rata o el cocodrilo y tantas otras criaturas que nos causan asco o repugnancia? En la misma matemática, desde la equivalencia entre las ecuaciones y las figuras geométricas hasta la mecánica celeste, la belleza intrínseca de las cosas se codea con la que atesora el Museo del Prado; pero qué de aburrimiento, pesadez, monotonía en otros capítulos de las ciencias matemáticas. Sin contar casos como el de la estructura atómica que lleva a Niels Bohr a imaginar el átomo como un sistema solar en miniatura, encantadora perspectiva y simetría, para desencantarnos a todos después con el caos inextricable de las partículas en que la observación y el cálculo las resuelve.

Parecería, pues, que no baste mirar las cosas con amor para que resplandezcan de belleza; sino que han de aportar

ellas de por sí un *quid divinum* sin el cual no se encenderá el resplandor. Al final de nuestra exploración nos topamos con el misterio, el cual, a su vez, se abre sobre un misterio más vasto. No todo, no todos, nacimos para merecer el amor —la divina pupila se declara imparcial—. Dotada de ese altísimo bien que es el amor, no lo deja caer tan sólo sobre seres que para él nacieron; sino que, como hace con el sol, alumbra por igual a buenos y malos, guapos y feos, armoniosos y discordes. Por encima de unos y otros, la luz divina alumbra por igual a justos e injustos y la muerte lo mismo corrompe al santo que al criminal. Dios creó la ciencia como creó todo el universo, con mano dirigida por un espíritu cuya hondura es insondable para el hombre; en este mundo, creó para nuestro solaz un bien tan excelso como la belleza; pero en Su plan no es la belleza miel para todas las bocas.

* * *

La conclusión nos envuelve en bruma de perplejidad. Vamos por el mundo, ciegos apoyados en el bastón blanco de los cinco sentidos, impulsados por un deseo de saber. De saber ¿qué? La índole misma de lo que deseamos saber, no la sabemos. Ignoramos lo que sea la esencia de nuestra ignorancia; pero queremos saber. Y quizá con el andar del tiempo y el mucho haber vivido, se va concretando, si no el misterio, por lo menos el misterio del misterio. *Queremos saber quién es Dios.*

Así pues, todo lo que hallamos en el camino tal que pueda revelarnos un rasgo del modo de ser divino, se nos representa como dato valiosísimo. De modo que al tropezar con este, que Dios no haya querido concebir la belleza como un don igual para todos como lo es la luz del sol, nos deslumbra

como una revelación. Pero, a su vez, la tendremos que vincular con esta otra revelación sobre la naturaleza divina: que le interesa crear seres bellos, pero no bastante para impedir la creación de seres feos. Crea la flor, pero crea el escorpión. Crea esa maravilla que es una puesta de sol, pero no le interesa que tan asombrosa sinfonía de luz comience y termine sin que un ser capaz de gozarla la haya contemplado. Crea la sensibilidad humana más fina, pero no le arredra ofenderla y asquearla. El misterio que se nos había entreabierto por un lado se vuelve a cerrar por otro.

La variedad desconcertante de seres humanos da de sí también el científico indiferente a la belleza, que, animado por el mero progreso técnico, sigue con frialdad estética absoluta, movimientos del pensar humano a veces de singular hermosura. En nuestra tierna edad nos cantaron la unidad de lo bueno, lo bello y lo verdadero. ¿Qué pensamos de veras sobre este, el lugar más común del pensamiento? ¿Aceptamos que sea indispensable para situar al Creador en el Centro de tan majestuoso triángulo?

Cuanto más nos acercamos a esta trinidad intelectual, menos la podemos aceptar como unidad de vivencia. La verdad se nos aparece como una visión del mundo, manteniendo a la distancia necesaria para una percepción visual óptima. La bondad se nos desdibuja en actos y vivencias que constituyen el tejido de nuestra vida, momentos de inmersión completa en el río de los aconteceres, de cuya existencia nos damos cuenta precisamente por la resistencia que nos opone. Pero la belleza es flor del mundo de la sensibilidad, y surge no de nuestra inmersión en el río de los aconteceres, sino en la sensación de que nuestro ser es cauce para que por él fluya el río de los aconteceres.

Observamos lo verdadero, hacemos lo bueno, sufrimos, nos consumimos, ardemos en lo bello.

Quizá se encuentren los tres allá en el infinito, como las rectas paralelas; pero en esta tierra dura, lo verdadero, lo bueno y lo bello no suelen encontrarse como tales. Puede ser que un teorema de matemáticas sea verdadero y bello; pero puede ser que sea bello y falso. Otro tanto cabe decir de los otros lados del triángulo. Quizá valga más así. Que si no... ¿Qué pasaría si sólo fueran hermosas las mujeres santas? Pero no tentemos a Dios con preguntas tendenciosas.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON JULIÁN MARÍAS

Señores Académicos:

No creo que en la historia de nuestra Academia, ni en la de ninguna otra, se haya dado un caso semejante al de esta tarde: recibir a un Académico a punto de cumplir sus noventa años; para que todo sea extraordinario, a los cuarenta años de su elección; y por si algo faltara, al cabo de otros tantos de exilio. Al encargarme la Academia dar en su nombre la bienvenida a Salvador de Madariaga, me ha hecho un honor del que temo no ser digno; y con esta confianza ha hecho gravitar sobre mí una responsabilidad que me abrumba. Pero sería insincero ocultar que con ello me ha dado también una viva alegría, y en algún sentido, pleno cumplimiento a mi propio ingreso en esta Casa, cuya conducta en tiempos difíciles me había hecho sentir tanta estimación moral por ella, que cuando en 1964 me hizo el honor de llamarme, no dudé en salir de mi largo retraimiento y venir a ocupar un puesto de trabajo en ella.

Y hoy, con emoción y alegría personales y transpersonales, como Académicos y como españoles, vemos a Salvador de Madariaga disponerse a ocupar, por fin, la silla que la Academia le había seguido guardando, la que lleva cuarenta años esperándolo, en esta España de las largas esperas.

Nunca es tarde, si la dicha es buena. Ahí lo tenéis, al cabo de tan largo tiempo, superviviente de su generación, como un cerro testigo. Más español que nunca, este hombre que ha vivido fuera de España mucho más de la mitad de sus años, que habla y escribe con igual perfección en tres lenguas, a quien algunos han llamado “apátrida”. En cincuenta o sesenta años de ausencias, Salvador de Madariaga apenas ha hecho otra cosa que imaginar a España, y por eso ha tenido que recordarla, y así hacer grandes porciones de su historia. Su españolía ha ido intensificándose, acendrándose, al mirar a España desde todas partes, desde tantas lejanías, en todos los escorzos posibles. Las trivialidades de la vida cotidiana, las anécdotas insignificantes, las irritaciones y fricciones que son el pan nuestro de cada día, no lo han distraído de la contemplación entrañable de la realidad íntegra de España. Desde lejos, no ha podido ceder a la tentación de dar importancia a lo que no la tiene, y nuestro país se le ha ofrecido, señero y exento, en sus líneas esenciales.

Creo que esto lo ha mantenido joven, año tras año, como si no contaran los que ha cumplido lejos. El desterrado suele ser una sombra —*exul umbra*—, pero es cuando en nombre de la patria perdida no quiere enterarse del país en que vive, y, por tanto, no vive; y cuando conserva una imagen muerta, fosilizada en rencor, del país que dejó, y lo finge inmóvil, petrificado, como si ese país no tuviera más misión que esperar. Salvador de Madariaga no es un provinciano, sino un hombre de mundo, un hombre del mundo; y por eso ha podido seguir siendo español de una España viva, la misma que dejó de ver en 1936. Y ha podido hacer una obra enorme de alcance universal.

¿Necesitaré explicar a españoles cultivados quién es Salvador de Madariaga? ¿Será menester “presentarlo” a sus com-

patriotas más jóvenes, recordar su *curriculum vitae*, la larguísima carrera de su vida fecunda? No me atrevería a fatigar vuestra atención, y sobre todo la suya, con una enumeración que nos haría permanecer aquí hasta la madrugada del próximo día.

Madariaga, cuyas raíces vascas se revelan en su apellido, es gallego: nació en La Coruña el 23 de julio de 1886. Es decir, si mis cuentas generacionales no están equivocadas, en la fecha central de su generación, aquella a la que pertenecen Gabriel Miró, Eduardo Marquina, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Picasso, Eugenio D’Ors, Ortega, Marañón, Solana, Ángel Herrera, Américo Castro, Ramón Gómez de la Serna, Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Salinas, Jorge Guillén. Y, fuera de España, Speengler, Keyserling, Kelsen, Nicolai Hartmann, Maritain, Spranger, Jaspers, Gilson, Romano Guardini, Jean Wahl, Gabriel Marcel, Wittgenstein, Einstein, Heidegger, Toynbee ...

Ha cruzado Madariaga varias profesiones, buscando sin duda su vocación a través de ellas. No fue directamente hombre de letras. No se contentó con una disciplina, ni con una sola lengua, ni con un solo país. Estudió el bachillerato en España y en Francia; se hizo ingeniero de Minas en París; pronto fue lo que él gusta de llamar, dando a la palabra una acepción que hoy no es frecuente, un “lingüista”, con análogo dominio del español, el francés y el inglés; vivió largo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Suiza, en otros países de Europa, con diversas estancias en América. La diplomacia y la literatura lo fueron atrayendo, y entre 1921 y 1936 Madariaga se convierte en una figura internacional en el más estricto sentido de la palabra. Es el periodo que ha contado con tanto interés en sus recientes *Memorias: Amanecer sin mediodía*. La Sociedad de Naciones, Ginebra, ese mundo que se esforzó por con-

seguir la paz universal, creyendo quizá que para ello bastaba con no hacer la guerra, y se empezó a romper en 1933, con el triunfo de Hitler en Alemania, para liquidarse definitivamente seis años más tarde. En ese libro, Madariaga se vuelve al pasado y recuerda quince años de su vida —*grande mortalis aevi spatium*— que nos parecen singularmente lejanos. Asombra ver cómo “circulaba” un español antes del avión y de la inflación, cómo fue figura “del mundo” y nunca provinciana. Y ese mundo aparece prodigiosamente tratado en ese libro lleno de cuentos, de semblanzas, de chismes, de anécdotas, de juicios, de confidencias irónicas y sin mucha intimidad. Para los jóvenes (y en España son “jóvenes” histórica, políticamente todos los que tienen menos de cincuenta y cinco años) es un libro revelador, que enseña muchas cosas insospechadas.

Esos años de “funcionario internacional” tuvieron interrupciones. En 1928 ocupó la cátedra de Literatura española en la Universidad de Oxford, por la cual es Master of Arts. Durante la República, fue embajador en Washington y en París, ministro de Instrucción Pública y de Justicia (todo ello por poco tiempo, ya que tan corto fue el tiempo de la República). El 20 de mayo de 1936 fue elegido Académico de esta Casa, y quizá fue este el honor que más le llegó al corazón, entre los muchos que fueron a buscarlo en su larga vida, y sin olvidar el Premio Carlomagno que recibió en 1973.

La guerra civil, la II Guerra Mundial al terminar la nuestra, significaron el hundimiento del mundo por el que Salvador de Madariaga se había esforzado tanto. La torpeza, la violencia, la discordia, triunfaron sobre la inteligencia, la cooperación, el entendimiento mutuo, la libertad. Estos tremendos sucesos empujaron a Madariaga hacia la vida intelectual ejercida en plenitud y la acción política sin apoyos institucio-

nales, como “poder espiritual”, mediante el prestigio personal de su dignidad y su talento. Creo que las desventuras públicas de nuestro tiempo han hecho crecer la talla intelectual y moral de Madariaga, han hecho de él algo más importante y valioso de lo que hubiera sido en la bonanza.

Ha sido mucho tiempo profesor en Oxford; ha sido conferenciante incansable en Europa y América; ha fomentado los movimientos internacionales que no estaban dispuestos a servir a ninguna tiranía, que defendían los derechos del pensamiento y de la libertad personal y política. Solía pasar lo crudo del invierno en la suavidad de Locarno; desde hace unos años se ha establecido allí, y sigue alerta, despierto, incisivo, ingenioso, insobornable, escribiendo libros y artículos —hemos convivido muchos años en La NACIÓN de Buenos Aires—, sin huir del presente en un mundo de recuerdos, sin olvidar la historia, sin la cual el presente es mera apariencia sin raíces.

Si no recuerdo mal, su primer libro fue *La Guerra desde Londres*, publicado en 1917. Tres años después publicaba, en Londres y en inglés, *Shelley and Calderón, and Other Essays on English and Spanish Poetry*; luego, *Ensayos anglo-españoles, The genius of Spain, and Other Essays on Spanish Contemporary Literature, Semblanzas literarias contemporáneas, Guía del lector del “Quijote”*; y sus libros más famosos: *Ingleses, franceses, españoles* (o, en su propio texto, *Englishmen, Frenchmen, Spaniards, y Anglais, Français, Espagnols*); *España; Anarquía o jerarquía*.

A estos libros anteriores a la guerra civil o publicados durante ella, hay que agregar los posteriores, escritos en el exilio. Pero, se dirá, ¿no había residido Madariaga casi siempre fuera de España? Sí, pero era otra cosa. En un ensayo de

1960 sobre "España y Europa en Moratín", mostré cómo era diferente la manera de estar en Europa a fines del siglo XVIII y después de la Guerra de la Independencia y el obligado exilio, después de "la pérdida de España". Madariaga, más que a cualquiera de los dos beligerantes, le dijo "No" a la guerra misma, a su planteamiento. Creo que su actitud no fue enteramente distinta de la que yo, en plena juventud, espontáneamente tomé: ambos lados me parecían profundamente reaccionarios: tiraban de los españoles en opuestas direcciones, pero por supuesto hacia atrás.

Madariaga se quedó fuera de España, creo que para quedarse con España entera. Era demasiado político y demasiado "internacional" para volver pronto. Para vivir decentemente en España hay que tener la piel muy dura —la piel, no la cara—, hay que estar muy curtido y trabajado por los vientos y los soles y los tártagos. Madariaga había hecho demasiado la experiencia de una Europa verdaderamente civilizada, aunque no lo suficiente, y del suave mundo diplomático. Además, se había habituado a la ausencia, a la privación física de España, que para otros es insoportable (y cuando hablo de España física no olvido que en ella se hace presente la España histórica). Por eso Madariaga no ha podido vivir sin España, pero ha podido respirar fuera de ella; no le ha sido insoportable no verla durante cuarenta años. Pero ha tenido que hacer otra cosa: reconstruirla.

A esto quería ir a parar. Al ver a España desde lejos, ha tenido que verla *entera* no sólo en su historia, sino en su integridad real, quiero decir con América. El español que vive en España está amenazado de provincianismo. El hecho de que las fronteras políticas de España, desde 1898, coincidan exactamente con las de 1512, cumplida la incorporación final de Navarra, oculta el hecho de que desde una fecha hasta la

otra España fue otra cosa mucho mayor y más interesante. Madariaga tuvo que escribir la *Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, un admirable *Hernán Cortés*, un apasionante *Bolívar*; en la ficción, en *El corazón de piedra verde*, aparece imaginado el mundo americano; en sus *Memorias*, probablemente lo mejor son los extraordinarios capítulos sobre México. Y por todas partes le aflora la preocupación por la lengua común, que ahora trae a esta Academia dedicada a su estudio.

Pero no olvidemos la rica humanidad de Madariaga. Hace muy pocos años publicó un libro de extraña frescura, de insólito encanto: *Mujeres españolas* —figuras históricas y otra no menos real que ellas: Melibea—; en sus *Memorias de un federalista* evocó su pasado personal para desde él interpretar los problemas de esta España que parece más radicalmente una cuanto más se subraya su pluralidad diversa; ha escrito un libro —quizá mi preferido—, *Españoles de mi tiempo*, lleno de vida, de gracia, de agudeza, de ingenio sin vinagre, de buena memoria y, sobre todo, de generosidad; acaba de publicar un grueso volumen titulado *Dios y los españoles*, que viene a ser un autorretrato de Madariaga con toda su indómita independencia que, pase lo que pase, no dimite... Y tantos más. Y los que esperamos en el último cuarto de este siglo, los que escribirá como miembro pleno de la Academia Española.

¿Qué significa Madariaga para nosotros? ¿Qué significa para España? ¿Qué esperamos de él, ahora que se va a sentar —y ojalá no de visita apresurada, sino para quedarse con nosotros— en esa silla que lo espera?

Para la inmensa mayoría de los españoles, Madariaga es una fama más que una figura completa. Su alejamiento du-

rante toda la vida adulta de los que no son viejos ha hecho que sólo sean conocidas fracciones de su obra: en el azar de las lecturas, con los contados libros que han circulado entre nosotros, o en algunos artículos aparecidos en publicaciones periódicas y leídos fuera de contexto, cuando no utilizados para cualquier propósito ajeno a su autor. Urge restituir la figura completa de este autor, ya que puede irrumpir en su totalidad, como la del autor pretérito, pero con la ventaja de estar sustentada y, sobre todo, interpretada por su personalidad atrayente y briosa. A la herencia intelectual y literaria española debería agregarse desde ahora, como fruto maduro, la obra total, escrita y vivida, de Madariaga. O, si preferís, un Salvador de Madariaga “de cuerpo entero”.

Yo lo conocí en 1934, en mis tiempos de estudiante, en la Universidad de Verano de Santander. Recuerdo su viveza, los destellos de su ingenio, algunos de sus chistes, que todavía me hacen reír. No parece haber perdido ninguna de esas cualidades, pero con los años ha ido adquiriendo un alcance cada vez mayor. Diría que ha ido creciendo como un árbol, con raíces más hondas y, a la vez, más frondoso. Lo que escribe viene de más adentro, tiene mayores resonancias, la responsabilidad de una vida que se ha tomado en serio por debajo del irreprimible gusto por el ingenio, el juego y la bondadosa malicia.

Y se ha ido haciendo, con los años, cada vez más hondamente escritor, y más irremediabilmente español. Frente a los que, con pretexto de lenguas extranjeras que no saben, adulteran el español, Madariaga, que está como en su casa en varios idiomas europeos y como en casa de buenos amigos en unos cuantos más, escribe y habla un español tan literario como coloquial, nutrido de nuestra mejor literatura y de interminables conversaciones. Incluso es celoso de la pureza de

la lengua, y por poco caería en el casticismo. Temo que va a fruncir el ceño ante la “manga ancha” lingüística de más de cuatro Académicos tolerantes, y se va a preguntar dónde termina el uso y empieza el abuso.

Me pregunto cuál ha sido el centro de organización de la personalidad de Madariaga, aquella dimensión suya que está más cerca de sí mismo, aquella en que más propiamente se expresa, la que le ha permitido resistir con tal vitalidad y lozanía el desgaste del tiempo y de la adversidad. Creo que ha sido su medular liberalismo. A causa de él, si no me engaño, quedó “desconectado” de la vida pública en 1936, año de graves tentaciones. Madariaga no soñó con dimitir de esa condición. No pudo aceptar la guerra civil: ni sus supuestos, ni sus pretendidas motivaciones, ni sus métodos, ni su desenlace, ni su aprovechamiento, ni los intentos de vivir de ella, es decir, de la muerte.

Contracorriente —contra varias corrientes—, Madariaga permaneció en su liberalismo. Iba a decir “anclado”, pero me arrepiento a tiempo, porque no ha hecho más que bogar, esperando que algún día las aguas vendrían a cambiar su curso y darle la razón. Hace unos años, al enviarle un libro mío, me acordé de Larra y escribí: “A Salvador de Madariaga, de un liberal de acá a un liberal de allá.” Bueno, ahora lo tenemos acá, aquí mismo, entre nosotros. Inesperadamente vivo. Y pienso que por eso mismo que lo “desconectó”: por su insobornable liberalismo, que lo ha salvado del destierro histórico, es decir, del olvido, porque se sigue viviendo de su manera de entender la convivencia humana. Y lo mismo habría que decir de otros pensadores y escritores. Acabamos de celebrar los centenarios de los hombres de la generación del 98, y esas figuras están ahí, dentro de nosotros, inmarcesibles; seguimos viviendo de ellas, nos ayudan a proyectar nuestro

futuro. El rencor que en muchos provocan se debe a la conciencia que tienen de que ellos no van a alentar más que mientras les estén haciendo la respiración artificial del Poder o de la propaganda.

Siempre he creído que hay una cita del *Tenorio* que sirve para cualquier situación vital. A los que han mirado con avidez esa silla que ahora va a ocuparse, la Academia ha podido decirles, uno tras otro, decenio tras decenio:

“Esa silla está comprada,
hidalgo.”

Y hoy, dispuesto a hacer un Dos de Mayo, Salvador de Madariaga, con las palabras de Don Juan, puede responder:

“Que ésta es mía haré notorio.”

Señores Académicos: La Real Academia Española vuelve a estar completa.